

La abadesa embargada por el pie

Nos dijo Moisés hace mucho tiempo que Adán y Eva, la primera pareja, hicieron algo tan reprobable y nefando que se les «abrieron sus ojos y, viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos cinturones» (*Gén* 3:7). Instituyó Moisés con las hojas de higuera el primer mecanismo de desplazamiento: se guardaban las partes pudendas, causadoras de la ansiedad, se detenía la mirada y se entretenía la imaginación en las hojas que las cubrían. Ocultada la realidad del sexo a los ojos, quedaba la imaginación liberada para fantasear sobre lo oculto, engalanarlo y embellecerlo. El Marqués de Santillana, en la primera definición romance de poesía, decía de ésta ser «un fingimiento de cosas útiles, cubiertas con muy fermosa cobertura»¹.

Movidos del pudor, cubrieron los primeros padres de nuestra civilización sus genitales. Otros padres que les siguieron, muchísimos educadores, teólogos, moralistas, poetas y escritores, hijos de aquellos, movidos de semejante recato, ocultarían a los oídos el desnudo apelativo de los órganos de la generación y de las operaciones del amor. Un amor que de continuo se hace y se deshace, y que al hacerse y deshacerse se siente tan intensamente que obliga a gritar muy alto. Ahora bien, la represión cultural de ese amor ha sido tal, que nos sentimos obligados a amortiguar el grito. De los órganos y operaciones que conducen a su realización, en el lenguaje del buen gusto, no se puede o no se debe hablar, si no es con circunlocuciones y eufemismos, con metonimias, metáforas y símbolos. Modelo del buen gusto a que me refiero es el lenguaje de esta muchachita de nuestra lírica tradicional, que explica a su madre el quebrantamiento del himen:

¹ *Prohemio e carta*, en *Marqués de Santillana. Prohemios y cartas literarias*, ed. M. GARCI-GÓMEZ (Madrid: Editora Nacional, 1984), pp. 44 y ss.

Decidme, hija garrida,
¿quién os manchó la camisa?
—Madre, las moras del zarzal.
—Mentir, hija, mas no tanto,
que no pica la zarza tan alto.

Frenk ALATORRE, *Lírica...*, núm. 553 ².

Las metáforas, eufemismos y símbolos, las «hojas de higuera» del lenguaje ruboroso y circunloquial, ni sofocaron la concupiscencia, ni paralizaron las pulsiones del sexo, ni mermaron la potencia de los órganos de la reproducción. Sólo se dejó de ver la realidad y se dejó de oír el nombre propio. Se velaron celosamente los orificios interiores de nuestro tronco, pene, vulva y ano, y se impidió su cándida exposición a la mirada y su mención sin ambages en la escritura y en la conversación. En un extremo de las circunlocuciones y metáforas se colocaron muchos de los teologizantes, no faltando moralistas de burda lengua que, horrorizados y asqueados del sexo, enseñaban a sus alumnos que nacemos todos *inter urinas et feces*. Hubo poetas, al otro extremo, que con más delicadeza de expresión, aunque no con mayor propiedad, preferirían ilustrarnos con la imagen de la desapasionada cópula, rúbea y perfumada, de una rosa y un clavel, o de una rosa y un lirio:

Esposo y esposa
son clavel y rosa.

Frenk ALATORRE, *Lírica...*, núm. 465.

A la rosa del campo
la dijo el lirio:
quién pudiera esta noche
dormir contigo.

TORNER, núm. 123.

² Se citará en lo sucesivo el autor, el título y la página; los textos proceden de las siguientes colecciones: José María ALÍN, *El cancionero español de tipo tradicional* (Madrid: Taurus, 1968); Pierre ALZIEU, Robert JAMMES, Yvan LISSORGUES, *Floresta de poesías eróticas del Siglo de Oro* (Toulouse: U. de Toulouse-Le Mirail, 1975); John G. CUMMINS, *The Traditional Spanish Lyric* (Oxford: Pergamon, 1977); Agustín DURÁN, *Romancero general...*, Madrid: BAE (10 y 16), 1849-5110; Margit FRENK ALATORRE, *Lírica española de tipo tradicional* (Madrid: Cátedra, 1977) y *Estudios sobre lírica antigua* (Madrid: Castalia, 1978); Santiago MAGARIÑOS, *Canciones populares de la Edad de Oro* (Madrid: Ed. Lauro, 1944); Marcelino MENÉNDEZ Y PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días* (Madrid: Vda. de Hernando y Cía., 1890-1908), 13 vols.; Francisco RODRÍGUEZ MARÍN, *Cantos populares españoles* (Sevilla: F. Álvarez y Cía., 1882-83), y *El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas* (Madrid, 1929); Eduardo M. TORNER *Lírica hispánica* (Madrid: Castalia, 1966).

Con la censura y la prohibición del nombre propio de los genitales y de sus operaciones, se le abrieron las puertas a la fantasía del bardo y a las fantasías de su público. Se evitó y proscibió su apelativo, para provocar la referencia a las partes y sus operaciones con una inmensa multitud de nombres traslaticios, de imágenes y símbolos. Los poetas se volvieron muy sutiles en sus representaciones, como sutil se volvió el pueblo en su interpretación. En algunos casos, por concentrarnos en nuestra poesía tradicional, el falo fue representado por el calcañar, como puede apreciarse en este villancico recopilado por Juan Vázquez:

No sé qué me bulle / en el calcañar,
no sé qué me bulle / que no puedo andar.
Yéndome y viniendo / a las mis vacas,
no sé qué me bulle / entre las faldas,
que no puedo andar, / no sé qué me bulle
en el calcañar ³.

MAGARIÑOS, p. 353.

En otros, el falo fue representado por una espina:

¡Ay, mezquina,
que se me hincó una espina!
¡Desdichada,
que temo quedar preñada!

ALÍN, núm. 571.

En multitud de fantásticos relatos el falo fue representado por el pie y por una yerba; el coito, por la acción de pisar. El más antiguo que conocemos en castellano es el del milagro 21 de la Virgen, «La abadesa embargada»; su autor, el primer poeta de nombre conocido, Gonzalo de Berceo, dice así:

³ En el tratado latino de erotología de Nicholas CHORIER (1620-1692), *Aloisia Sigaea Toletana. De arcanis amoris et veneris*, se emplea *calcar* para designar *mentula erecta* (6). Está editado por Johannes MEURSIUS, en *Elegantiae latini sermonis* (Londini, 1781). Más adelante se aludirá a las connotaciones eróticas del verbo *calcare* y su traducción castellana «pisar». Al calcañar se aludirá más adelante en el texto; véanse las notas 25, 26 y 27.

... la abadesa cadió una vegada,
 fizo una locura qe es mucho vedada;
 pisó por su ventura yerva fuert enconada,
 quando bien se catido fallóse embargada (507) ⁴.

¿Se trataba de una yerba cualquiera? Era una yerba especial, tratarían de aclarar las coplas del cancionero popular. En alguna de ellas se identificaban sus colores:

En mi huerto hay una yerba
 blanca, rubia y colorada;
 la dama que pisa en ella
 della queda embarazada.

MEÑENDEZ Y PELAYO, t. X, p. 105, n. 39.

En otras coplas se la nombraba por su propio nombre: la borraja.

Hay una yerba en el campo
 que se llama la borraja;
 toda mujer que la pisa
 luego se siente preñada.

DURÁN, p. 666.

Tanta fama adquirió la potencia empreñadora de esta planta, que entró a formar parte de los juegos populares de acertijos y adivinanzas:

Una mujer me pisó
 y por mó de mí parió;
 cayó mala la mujé
 y con mi fló la curé.
 ¿Qué yerba yerbita es?
 —La borraja.

RODRÍGUEZ MARÍN, *Cantos...*, t. I, p. 231.

⁴ *Milagros de Nuestra Señora*, en *Obras completas*, ed. Brian DUTTON (London: Tamesis, 1971), p. 160. Daniel DEVOTO ha hecho un estudio fundamental sobre este pasaje de Berceo, «Pisó yerba enconada», *Textos y contextos* (Madrid: Gredos, 1974), pp. 11-46; en él se aporta una rica bibliografía con abundancia de textos castellanos en los que se rememoran las viejas creencias en el embarazo mágico. Estoy seguro que el lector sabrá admirar como es debido la originalidad. Este milagro de la abadesa procede, como otros muchos, de la tradición medieval latina; pero nuestro primer poeta fue más que un mero traductor: la fantasía erótica y el escogido vocabulario polisémico es de pura cepa riojana.

Los españoles que salieron de su patria para instalarse en el Nuevo Mundo, llevaron consigo la poesía y el saber, los avisos y amonestaciones del Viejo, sin dejar atrás, claro está, los referentes a materias tan trascendentales como las del origen de la vida. En una zamacueca chilena se advertía a las doncellas:

'Ay una yerba en el campo
de la vorraja yama'a,
toda mujier que la pisa
se siente ar tiro preña'a.

Mucho cúida'o, niña,
con la vorraja,
porque no tiene espina'
y tam'ién crava.
Y tam'ién crava, sí,
yerva marva'a,
que cuando una la pisa
que'a preña'a⁵.

A los muchos que desconozcan qué es la famosa borraja les convendrá saber que, según la seria explicación del *Diccionario de Autoridades*, es una yerba «cubierta de pelos ásperos y punzantes».

¿Creía el pueblo castellano en la concepción por el pie y en la potencia empuñadora de la yerba? Las creencias en algún tipo de embarazo mágico datan de la más remota antigüedad y se extienden por todo el globo terrestre; muchas de ellas siguen aún hoy vigentes entre algunas tribus de rudimentario estado cultural. En el lentísimo proceso de su civilización, deberemos comprender, le llevó a la humanidad mucho tiempo poder relacionar el nacimiento de un pajarito, de un animal o un bebé con una acción previa realizada por el macho, mayormente cuando esa acción había tenido lugar muchos meses antes del parto. El embarazo de la hembra, fuera humana o animal, se atribuía en la imaginación popular a las causas más peregrinas: al viento, al sol, a la luna, a las estrellas, al fuego, o a sustancias animales y vegetales que las hembras ingerían. La concepción, en muchos de los casos, se creía haber tenido lugar por el contacto con el agua o a través del ojo⁶. Un fenó-

⁵ En Julio VICUÑA CIFUENTES, *Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena* (Santiago de Chile: Impr. Barcelona, 1912 [Bibl. de Escritores de Chile, VII], 177, n. 5), citado en D. DEVOTO, *op. cit.*, p. 34.

⁶ Los ejemplos son numerosísimos y la bibliografía muy abundante. Me limito a remitir al lector a mi trabajo «El viento hombrón: ascendencia y trascendencia de un erótico fantasma» (de próxima aparición) y a los siguientes autores y obras: Hyacinthe

meno muy celebrado en varias culturas es el de la concepción por la oreja, que en el caso de la Virgen María fue revestido por los Santos Padres y sucesivos escritores cristianos de los mayores adornos de sublimación y sobrenaturalidad ⁷.

Entre las muchas leyendas, no faltan las de mujeres que concibieron por el pie. En la vieja China se contaba de una virgen que concibió al pisar la huella de un dios ⁸. En el norte de Australia hay aborígenes que creen que el niño-espíritu penetra en las mujeres por debajo de las uñas de los dedos de los pies ⁹.

En España las alusiones al embarazo de la mujer por haber pisado ésta una yerba, son relativamente abundantes, y ni pertenecen a recónditos tratados de la antigüedad, ni se transmiten en lenguaje mágico o esotérico. El tono de estos relatos es de lo más sencillo, y su vehículo de propagación es el de mayor popularidad en nuestras letras: la lírica tradicional. Nos hacen pensar tan repetidas alusiones que el bardo y el

CHARENCEY, *Le Folklore dans les deux mondes* (Paris: Klincksieck, 1894); Paul SAINTYVES (pseudónimo de Émile Nourrit), *Les Vierges mères et les naissances miraculeuses* (Paris: Nourry, 1908); Arnold van GENNEP, *Religions, moeurs et légendes: essais d'ethnographie et de linguistique* (Paris: Mercure de France, 1933); Edwin S. HARTLAND, *Primitive Paternity. The Myth of Supernatural Birth in Relation to the History of the Family* (London: David Nutt, 1909), 2 vols.; Bronislaw MALINOWSKI, *The Father in Primitive Psychology* (New York: W. W. Norton, 1927); Charles R. ALDRICH, *The Primitive Mind and Modern Civilization* (New York: Greenwood Press, 1970); Ashley MONTAGU, *Coming into Being among the Australian Aborigines; A Study of the Procreative Beliefs of the Native Tribes of Australia* (London-Boston: Routledge, 1974).

⁷ «Por el ángel habló Dios, y la Virgen por la oreja se empenó», decía San Agustín (*Sermo de tempore*, 22). De gran interés por su aportación a las relaciones entre estética y religión dentro de la perspectiva psicoanalítica, es el trabajo de Ernest JONES, «The Madonna's Conception through the Ear», en *Essays in Applied Psycho-Analysis* (London: Hogarth, 1951), II, pp. 266-357. El lector encontrará un abundante repertorio de citas y amplia bibliografía. Cf. también GARCI-GÓMEZ (nota anterior).

⁸ Dice el original: «She has presented a pure offering and sacrificed, That her childness might be taken away. She then trod on a toe-print made by God, and was moved, In the large place where she rested. She became pregnant; she dwelt retired; She gave birth to and nourished (a son). Who was Hâu-kí.» (*The Sacred Books of China. The Texts of Confucianism*, Translated by James LEGGE (New Delhi: Motilal Barnarsidass [1966]), III, pp. 396-97).

⁹ Ashley MONTAGU, *op. cit.*, p. 136). Sobre otras leyendas europeas de mujeres embarazadas por pisar sobre la cáscara de huevo (en Brunswick) o de mujeres que concibieron y parieron una camada de erizos por haber pisado sobre uno en el campo (en Auvergne), cfr. HARTLAND, *op. cit.*, I, p. 112. No es infrecuente la referencia al aborto causado por pisar la mujer sobre alguna sustancia. Cuenta Plinio en su *Historia natural* que el aborto puede ocasionarse si la mujer pisa sobre la raíz del ciclamino (25, 63), o sobre el flujo del menstruo (28, 23), o si pasa por encima de una víbora (30, 43).

pueblo castellano se encontraban particularmente fascinados por este tipo de embarazo. Daniel Devoto, en su estupendo trabajo arriba mencionado, se refiere a tal fenómeno como «creencia». María Rosa Lida, recelosa de hacer creer a Berceo en tal fenómeno, atribuía al relato intencionalidad un tanto jocosa, conjeturando que nuestro primer poeta de nombre conocido no podía menos de «guiñar humorísticamente el ojo a su auditorio»¹⁰.

Para mí, como voy a exponer aquí, Berceo y todos los posteriores cantores castellanos ni trataban de dar a conocer o propagar la creencia en algún tipo de embarazo mágico, ni lo que contaban —aunque su estilo no esté exento de cierto humor— lo contaban con intencionalidad jocosa. Trataré de enriquecer la aportación crítica de Daniel Devoto con nuevas referencias que hasta ahora parecen haber pasado desapercibidas. Trataré de delinear la vieja ascendencia cultural del pie y sus operaciones como eufemismos por los genitales y sus funciones. Pasaré luego a revisar los vestigios de esos eufemismos que parecen sobrevivir hoy día, de manera más o menos camuflada, en el lenguaje coloquial, dichos, dicharachos y refranes, no sólo los de España, sino también los de otras culturas. En esa amplia perspectiva de pie-falo, tanto las viejas leyendas como nuestros relatos líricos y las expresiones de nuestro coloquio se aclararán en cumplida integración.

Mi interpretación, si parece distanciarse de la crítica moderna, es para aproximarse a la de aquella sabia madre del poemita citado al comienzo de este trabajo, la que oyó a su hija relatar cómo la mancha de su camisa se debió a las moras del zarzal. Ni así lo creyó la madre, ni así lo creía la hija. Y no se ven indicios de jocosidad en el diálogo. Madre e hija empleaban un lenguaje de formas desplazadas: se evitaba —*mientes*, dijo la madre— la mención explícita de las partes anatómicas (la vagina y la sangre, en este caso concreto), y se detenía la atención en el vestido —la *camisa*—, entretenida en la hermosa cobertura del mundo vegetal. El lenguaje desnudo, con el que pudo haber descrito el flujo del menstruo o la ruptura del himen, tan desagradable y traumático fenómeno físico para la tierna doncella, quedó desplazado por un lenguaje circunlocucional y metafórico, sí, pero lenguaje que podía entender sin dificultad cualquier madre castellana. Se trataba de un lenguaje aceptado y consagrado ya culturalmente en su simbolización fálica: *mancha* (con-

¹⁰ «Nuevas notas para la interpretación del *Libro de Buen Amor*», *NRFH*, 13 (1959), p. 49. Estaría dispuesto a aceptar la jocosidad del pasaje de Berceo en el sentido de su relación con lo inconsciente de que habla S. FREUD, *El chiste y su relación con lo inconsciente* (Madrid: Alianza Editorial, 1986), *passim*.

trástese con la Inmaculada), *moras*, *zarza* (con sus espinas), *pica* y *tan alto* (alto, sinónimo de hondo).

El simbolismo fálico de espina y picar —el de espina y clavar de la otra selección del cancionero— nos resultará a todos nosotros fácil de reconocer. De ahí que ni se nos ocurra pensar que la 'mezquina' de la copla temiera en serio de quedar preñada por los efectos de la espina, o que el recitador tuviera que guiñar el ojo a su auditorio. Por otro lado, el pisar-con-el-pie una yerba parece haber perdido para gran parte de los lectores modernos la obvia simbolización fálica de que está revestida la espina que se hinca. No para Berceo o su pueblo. Ni el primer poeta de su abadesa ni los otros bardos de sus damas creían que por pisar una yerba fueran éstas a quedar embarazadas (téngase en cuenta que el milagro para Berceo no consistió en el modo de la concepción, sino en la resolución del caso). Nuestro primer poeta de nombre conocido y los anónimos del cancionero, en la mención de la hierba, se valían de un lenguaje que, como el de la espina, había quedado desplazado, pero que también, como el de la espina, podía ser aceptado y entendido fácilmente en su significación simbólica.

PIE

En la literatura y el folclore multiculturales el fetichismo del pie —y el zapato—, su empleo eufemístico y fálico, quizá por ser de más difícil reconocimiento, es de una tradición más arcaica y esotérica que la espina. Tal fetichismo procede de las más diversas culturas y en nuestros días ha sido revitalizado por los grandes maestros del psicoanálisis¹¹. Freud aseguró sin ambages ni remilgos que «el zapato o la zapatilla son, correlativamente, símbolos de los genitales femeninos», y «el pie sustituye al pene, que el niño echa extrañamente de menos en la mujer»¹².

Con la formulación de sus teorías a este respecto nos ofreció Freud a los filólogos una buena base sobre la que explicar los numerosos textos

¹¹ Se entiende aquí por fetiche el sexual, «la parte del cuerpo, el objeto o la característica en que se centra el interés erótico», según definición de C. J. CELA, *Enciclopedia del erotismo* (Madrid: Sedmay, 1976), III, p. 635. Sobre el fetichismo del pie en diferentes culturas, cf. «pied» en J. CHEVALIER y A. GHEERBRANT, *Dictionnaire des Symboles. Mythes, rêves, costumes, gestes, formes, figures, couleurs, nombres* (Paris, 1969), pp. 599-600.

¹² *Tres ensayos sobre teoría sexual* (Madrid: Alianza Editorial, 1985), p. 149, notas 18 y 19. El lector interesado en una breve explicación y bibliografía sobre la llamada «envidia del pene» puede consultar J. LAPLANCHE y J.-B. PONTALIS, *Diccionario de psicoanálisis* (Barcelona: Labor, 1983), p. 118.

de la tradición religiosa y literaria. Por muy estrambóticas que a algunos les puedan resultar muchas de las teorías del padre del psicoanálisis, en las del «pie», se luce como sabio expositor del saber arraigado, subconsciente, si se prefiere, del pueblo. Un pueblo que no ha olvidado lo que se le enseñó hace multitud de años; un pueblo que mantiene en el rescoldo de su memoria lo que se le dijo en los más venerables de los libros.

En el Antiguo Testamento «pies» es un repetido eufemismo de las partes pudendas. Los hijos nacen de entre los pies (*Deut.* 28,57); cubrir los pies es aliviar el vientre (*Jue.* 3,24; 1 *Sam.* 24,4); se habla del agua de los pies (4 *Rey.* 18,27) y, con más claridad, de la orina de los pies (*urinam pedum* en la Vulgata, *Isa.* 36,12). Isaías vaticinaba que el Señor, airado contra su pueblo, le rasuraría los pelos de la cabeza, de los pies (*pilos pedum*) y de la barba (*Isa.* 7,20). Israel es increpado por haber abierto sus pies (*divisisti pedes tuos*, 'prostituirse') a todo el que pasaba (*Eze.* 16,25).

Al uso eufemístico del pie se suma en la Biblia, para robustecerlo, el del muslo (*femur*), con el que igualmente se designan las vergüenzas. Cuando Abraham pide juramento a su siervo, le exige que ponga la mano bajo su muslo (i. e., en los genitales, *Gen.* 24,2 y 9; 47,29). A Lemuel se le avisa de que no entregue su muslo a las mujeres (*Prov.* 31,3). A los descendientes directos se les denominaba los procedentes del muslo del hombre (*Ex.* 1,5; *Jue.* 8,30, *de femore*, en la Vulgata). En una maldición a la mujer fornicaria (*Núm.* 5,21), la increpa el sacerdote asegurándole que hará Dios que se le pudra el muslo y que su vientre hinchado se raje en pedazos.

No está ausente de la Biblia el simbólico zapato. En el Deuteronomio se prescribe una ceremonia del despojo de la sandalia, que equivale a una castración simbólica. Lo efectuaba la viuda sobre el hermano del difunto marido que se negase a tomar por mujer a su cuñada: «su cuñada se acercará a él en presencia de los ancianos, le quitará del pie un zapato y le escupirá en la cara, diciendo: 'Esto se hace con el hombre que no sostiene la casa de su hermano.' Y su casa será llamada en Israel la casa del descalzado» (*Deu.* 25,9).

El pisar, que dice Berceo, es una operación del pie en la que intervienen, claro está, la pierna y el muslo. De la Biblia pasó a la tradición eclesiástica el empleo metonímico de *femur*, con significado de ingle o genitales. Tan extendido y aceptado era su empleo, que podemos estar seguros de que los escritores, teólogos o poetas, ni expresaban con ello sus creencias o las de su pueblo, ni tenían necesidad alguna de guiñar el ojo a su auditorio; simplemente recurrían en su dicción a una meto-

nimia de uso tradicional. Con ella lograban evitar los escritores, en la misma línea del Génesis, la exposición o la mención de las vergüenzas mediante un mecanismo de desplazamiento bastante elemental. En el caso del pie y sus operaciones, consistía dicho mecanismo en reemplazar las partes pudendas por otras partes anatómicas que no le provocaban al público tipo alguno de ansiedad ¹³.

Sobre el fetichismo del pie afirma G. Devereux que «suele ocurrir entre los hombres gravemente afectados por el falo de la mujer» ¹⁴. Hasta qué punto de gravedad estuvieran afectados por el falo de la mujer los escritores aquí mencionados escapa a mi capacidad de diagnóstico.

Lo que no es difícil es comprobar que por tal fetichismo no sólo se sentían atraídos los imaginativos bardos y los ruborizados teólogos, sino incluso serios tratadistas que escribían para la instrucción de los hombres de la corte. A finales del siglo XV, Michael Scott, a ruego del rey Federico, escribió un libro en el que compiló las teorías de la época sobre la fisonomía; con respecto a los pies decía: «*Forma autem pedum significat conditionem uulvae latae et strictae*» (la forma de los pies significa la condición de holgura y estrechez de la vulva) ¹⁵.

Y tres siglos más tarde el padre Jean-Baptiste Labat, en sus viajes por España, se admiraba de esa fascinación por el PIE-fetichismo en la cultura popular: «Las mujeres que van a pie por las calles jamás se recogen las faldas ni sus guardapiés, por mucho barro que haya; es más decente recoger el pie de barro y de porquerías que dejar ver la punta del pie, porque una mujer que deja ver su pie a un hombre le declara por eso que está dispuesta a concederle los últimos favores. Por otra parte, los españoles tienen ciertas reglas de proporción con relación a los pies, que son tan ridículas que sería desagradable para mí referirlas. Ese escrúpulo de enseñar sus pies se extiende a los religiosos como a

¹³ Dice Sigmund Freud que «el sustitutivo del objeto sexual es, en general, una parte del cuerpo muy poco apropiada para fines sexuales (los pies, el cabello)», en *Tres ensayos...*, p. 22.

¹⁴ Cf. G. DEVEREUX, *Dreams in Greek Tragedy* (Berkeley and Los Angeles: U. of California Press, 1976), p. 90, y en *From Anxiety to Method in the Behavioral Sciences* (Paris and The Hague, 1967), p. 240. No creo necesario acumular aquí citas de teóricos del psicoanálisis sobre el fetichismo del pie. No quisiera omitir, sin embargo, la mención de Karl ABRAHAM, *Selected Papers* (London: The Hogarth Press Ltd., 1948), pp. 123, 125, 129, 134. Nótese que para los psicoanalistas, buceadores en las profundidades de la subconsciencia, el pie desplaza en la fantasía a los genitales por compartir con éstos no tanto la forma, como se suele creer a primera vista, como el sudor y la fetidez que todos ellos tienen por característica.

¹⁵ *Liber phisionomiae: quem compilavit magister Michael Scotus ad preces D. Federici romanorum imperatoris*, Venice [1485?], cap. 5.

las mujeres: el padre 'Mimbiela me advirtió un día que nuestros padres estaba escandalizados de que yo levantase mi hábito al marchar por la calle, porque, decía, los pies de un religioso y los de una mujer deben estar igualmente ocultos, a causa de ciertas consecuencias que de ello sacan, a las que no era bueno dar lugar»¹⁶.

El falismo del pie y de la pierna ha quedado esculpido para siempre —aunque su perfil se encuentre velado por la pátina de los siglos— en el lenguaje coloquial de ese pueblo que no olvida. Y no sólo del pueblo castellano, sino también de otros pueblos europeos, de acuerdo con los ejemplos que voy a citar. El lector podrá comprobar que en las muchas traducciones del hebreo de los pasajes aquí citados, tanto de la Vulgata en latín como en otras versiones modernas, los traductores no han sido fieles al original hebreo, pues en muchos casos han preferido traducir *reglaim* no por pies, sino por otros vocablos que desvirtuaban el eufemismo original. A pesar de eso, el pueblo, como decía, sigue recordando. Los eufemísticos usos del pie, la pata y el muslo de las siguientes frases coloquiales, tanto las del castellano como las de otros idiomas, nos darán la clave para comprender la fuerza expresiva que aún conservan en nuestros pueblos.

De alguien que ha perdido la timidez se dice que *ha sacado el pie de las alforjas*, comparable a la expresión inglesa *to shake a loose leg*, que literalmente es sacudirse la pierna, figurativamente vivir de manera licenciosa. En inglés *to pull a person's leg* (literalmente, tirarle a alguien de la pierna), equivale a nuestro *tomarle a uno el pelo*. ¿Qué pierna? ¿Qué pelo? Huellas son o, a mi entender, debieran ser estas expresiones de aquellos viejos usos eufemísticos de pierna y pelos del pie, que decía Isaías¹⁷.

¹⁶ *Viajes del padre Labat en España, 1705-1706*. Los editores P. Alzieu, R. Jammes, Y. Lissorgues, *Floresta...*, p. 189, cuentan esta anécdota en una nota a los versos «La regla muy general / del patituerto calzado». Tal regla, concluían ellos, se referiría a la creencia muy arraigada en España, en que se «establece una relación entre la dimensiones del pie y las del sexo».

¹⁷ El pelo es un consagrado fetiche. Camilo J. CELA, *Enciclopedia...*, explica a propósito de *pelo*: «Por antonomasia dicese del pubiano», p. 927. En mis comentarios al vv. 3287 del *Cantar de Mio Cid*, en el que el Cid se burla de Don García recordándole aquello de «Quando prise a Cabra y a vos por la barba», hacía notar yo cómo se hizo proverbial entre los clásicos, griegos y latinos, la expresión *mesar la barba* para significar burla (*Cantar de Mio Cid*, ed. M. GARCÍ-GÓMEZ [Madrid: CUPSA, 1977], p. 222). Sería legítimo concluir que *tomar el pelo* sea una modificación de ese viejo proverbio. *Tomar* habría reemplazado, suavizándolo, a *mesar*. Pero también podría conjeturarse que *tomar* hubiera reemplazado, disimulándolo, al *pelar*, *rasurar*, *rapar* de otras expresiones no menos viejas y autorizadas como las del citado pasaje de Isaías y los numerosísimos otros ejem-

Entrar con pie derecho es comenzar algo como es debido. Lo contrario vendría a ser *meter la pata*, hablando en castellano, con su equivalente en inglés *to put the foot in it —in the mouth—*, que es introducir el pie en algún indebido lugar —en la boca—. Los alemanes llaman a eso pisar en la mantequera: *ins Fettnäpfchen treten*. Los estadounidenses dicen *to get a kick*, haber recibido una patada, cuando han tenido una experiencia gratificadora, y no faltan quienes actúan infinitas veces *just for kicks*, por el placer, un tanto masoquista si no fuera eufemístico, de los puntapiés.

Sempronio, el medicastro del pueblo castellano, curandero de las dolencias del amor, le aseguraba a Calisto que sabía muy bien *de qué pie cojeaba* («bien sé de qué pie coxqueas») y le prometía que le sanaría («Yo te sanaré») ¹⁸. ¿De qué pie cojeaba Edipo? ¿No sería la causa de su celebrado complejo la misma que dio origen a su nombre? Porque *OIDIPOUS* significa «pie hinchado».

Claro está, Sempronio se refería a un pie oculto a simple vista, como cuando uno *le busca tres (o cinco) pies al gato*, en una operación sin duda fútil y arriesgada. Los americanos angloparlantes, para expresar incredulidad o desacreditar una opinión, exclaman a veces *my foot!* A los españoles, en semejante situaciones, y sin salirse de la extremidad anatómica, se les oye decir *¡Y un jamón!*, no faltando quienes, para mayor recochineo, le añaden lo de *¡con chorreras!* No son más que eufemismos todos ellos. El epicúreo dentro de nosotros se sentirá satisfecho asociando la expresión con los cerdos de pata negra; el lingüista y filólogo, por

plos —por más vulgares, tanto más populares— que uno encuentra entre los escritos satíricos y eróticos de autores latinos —del tipo *cunnum uitulae radere*— y castellanos —del tipo *pelar las barbas del conejo*— (cfr. P. ALZIEU, *Floresta...*, p. 345). Es posible que a este último tipo pertenezca nuestra expresión *pelar la pava*, el pasatiempo favorito de los que superaron la edad del pavo. El lector interesado en el uso de «pelo» en variedad de expresiones eróticas, puede consultar Fredrich FORBERG, *Manual of Classical erotology* (New York: Grove Press, 1966); véanse en el índice *depilare, depilatio podicis, pilare*, y otros. Esta expresión debe asociarse también al corte de las trenzas de la doncella, que de acuerdo con los psicoanalistas debiera entenderse como gesto de castración puramente simbólica en la que la agresión o la ofensa se resuelve en juego simbólico; cf. Otto FENICHEL, *The Psychoanalytic Theory of Neurosis* (New York: W. W. Norton, 1945), p. 349, con referencias bibliográficas. En inglés *hair* es *slang* por el sexo de la mujer o el pelo pubiano; *after hair* es igual a *looking for a woman* (véase *hair* en Eric PARTRIDGE, *A Dictionary of Slang and Unconventional English*, ed. Paul Beale [New York: MacMillan, 1984]).

¹⁸ Fernando de ROJAS, *La Celestina*, ed. J. CEJADOR Y FRAUCA (Madrid: Espasa Calpe, 1963), I, p. 42.

otro lado, no le encontrará su pleno sentido sino en la referencia al muslo de Abraham ¹⁹.

Del que se jacta de galán, se dice que *echa piernas*. Las alemanas, según ellas, quedan embarazadas cuando la cigüeña les pica en la pierna, *Der Storch hat sie ins Bein gebissen* ²⁰. Y cuando a algún español se le frustran sus planes o le fallan sus fantasías e ilusiones, se dice de él que *tiene mala pata*. Sobre el refrán sefardí *Grandi il kulo, cika la pata*, Isaac J. Levy no pone en duda que pata signifique pene ²¹. Significado que se ve corroborado en el conocido chascarrillo:

Teresa, pon la mesa,
que viene tu marido
con la pata tiesa.

Entre los franceses no faltan expresiones de esta índole, como en el caso de *pied-de-roy* o pene ²². En cuanto al zapato, admite entre ellos

¹⁹ A mí me resulta sumamente interesante la relación entre estas dos expresiones, la inglesa y la castellana. Para la española no han faltado explicaciones ingeniosas, como la que relata Margherita Morreale: «cuentan que cuando Belmonte iba a torear por primera vez en Málaga pidió la suma, entonces fabulosa, de mil pesetas; a lo cual el empresario contestó: *y un jamón pa usté*; más tarde, cuando las reclamaciones del público obligaron al empresario a acceder a las exigencias del famoso torero, aquél tuvo que transformar su anterior negativa en un jamón de verdad»; citado en Werner BEINHAUER, *El español coloquial* (Madrid: Gredos, 1968), p. 91. Siempre he tenido la impresión de que las anécdotas que circulan para explicar nuestros dichos y refranes no han sido, en su gran mayoría, el origen de éstos, sino por ellos originadas. Para Beinhauer *con chorreras* quiere decir «propiamente 'con adorno de encaje', es decir, jamón en dulce adornado con papel de rizos». Añade el comentarista alemán que la expresión se usa como negativa burlona: «significa una cosa rica de comer, para reírse del otro con la negativa»; significado semejante, habríamos de añadir, al de la otra expresión, también alimenticia, de *y un huevo!* He oído que es costumbre en Granada adornar los jamones con dos hermosas borlas rizadas. En todos estos dichos, hechos o contrahechos bajo la represión sexual, se da una admirable polisemia. El jamón adornado de encajes sustituye al PIE-fetichismo que, hecho de cuero fino, se adornaba con ricas joyas, a lo que aludiré más adelante, n. 24.

²⁰ También la fantasía sexual de Góngora se vio inundada de aves, picos y piernas, como cuando le ofreció a Tisbe, en su muslo, el pájaro de Catulo: *io le ofrezco en su muslo / Desplumadas las delicias / De el paxaro de Catulo*, en *Obras poéticas*, Ed. R. FOULCHÉ-DELBOSC (New York: The Hispanic Society, 1921), II, 299.

²¹ Isaac Jack LEVY, *Prolegomena to the Study of the Refranero Sefardi* (New York: Las Americas Publishing Co., 1969), p. 194. Gonzalo Correas recoge este refrán: «Pierna honra cama, que no buena cara», en *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (Madrid, 1924), p. 394.

²² *Vocabula amatoria. A French-English Glossary of Word, Phrases, and Allusions occurring in the Works of Rabelais, Voltaire, Rousseau, Béranger, Zola, and Others*. Ed.

connotaciones eróticas la frase *trouver chaussure à son pied*; y no faltará entre los españoles quien se precie o jacte de *haber encontrado la horma de su zapato*. En la siguiente cancioncilla castellana se disimula muy mal el carácter erótico de botín y pie:

Abríme, Menguilla,
abríme y te daré
botín cerrado
que te repique en el pie.

ALZIEU, pp. 69, 71 y 131.

Para Correas «Dar botín zerrado» significa *hazer con muxer*²³. Un cantaor andaluz se fijaba en el zapato para engrandecer la hermosura (que para Freud significaba atractivo sexual) de la dama:

Hermosas he visto yo,
pero como tú, ninguna:
que en la punta del sapato
yebas er sor y la luna²⁴.

F. RODRÍGUEZ MARÍN, *El alma...*, núm. 64.

John S. FARMER (New York: University Books, 1966), p. 211. Véase también *faire pieds neufs*, p. 123.

²³ La cita de Correas es de su *Vocabulario*, p. 679b, según recogen P. Alzieu y los otros editores de *Floresta de Poesía erótica del Siglo de Oro*, *op. cit.*, p. 71.

²⁴ En muchas culturas primitivas, en las fantasías de los neuróticos y en las prácticas de algunos pervertidos se da la fascinación por engalanar o lacerar el pene de mil maneras (cf. G. DEVEREUX, *Dreams...*, p. 240, n. 67). Este *modus operandi* se transfiere al fetiche que se enriquece y engalana como en un ritual. Un buen ejemplo es el de Tirante: «Tirante alargó la pierna y metióse la debajo de las haldas, y con el zapato tocó en el lugar vedado y su pierna le puso entre los muslos... aquella calza y zapato con que había tocado a la princesa debajo de las haldas hízolos muy ricamente bordar, y fue estimado lo que en ellos puso de perlas, rubíes y diamantes más de veinte y cinco mil ducados. Y el día de la justa se calzó la calza y el zapato, y todos estaban maravillados de la singularidad de las piedras finas que allí había y tal zapato de cuero jamás había sido visto», *Tirante el Blanco*, Libro III, cap. 85, en *Los Libros de Caballerías Españoles*, edición de Felicidad BUENDÍA (Madrid: Aguilar, 1960), pp. 1392-93 (compárese con lo dicho sobre el *¡jamón con chorreras!*). Frente a este engalanamiento de Tirante puede destacarse la costumbre de laceración del pie entre las prácticas rituales de otras culturas, hasta el extremo de la mutilación entre los chinos; S. Freud, al comentar sobre ciertas prácticas de castración simbólica de la mujer, hace referencia a «la costumbre china de mutilar primero el pie de la mujer para adorarlo luego como fetiche. Parecería que el hombre chino quisiera agradecer a la mujer por haberse sometido a la castración», *Tres ensayos sobre teoría sexual* (Madrid: Alianza Editorial, 1985), p. 113.

PISAR

Por desplazamiento, pie, pata y muslo, sustituían a las partes vergonzosas del cuerpo humano. Las operaciones de los órganos de la reproducción podían expresarse consecuentemente como operaciones del pie: la acción de pisar de nuestros textos. En la subconsciencia lingüística de Berceo y del pueblo castellano operaba, vale pensar, el significado de la raíz, el L. *pinsare*, «majar», acepción etimológica con la que lo emplearía más tarde Góngora: «néctar pisaba a los Dioses»²⁵.

La expresión latina de frecuente uso *pinsare pilo* significa «majar con la mano del mortero». A propósito de esta imagen explica Artemidoro, en su conocido tratado *De la interpretación de los sueños*, que «mortero significa una mujer, y la mano de mortero, un hombre»²⁶.

Es bien sabido el significado sexual de pisar, común en el español de ambos mundos para expresar la idea y la imagen del L. *calcare* (más arriba), la de «cubrir el macho a la hembra»²⁷. En los textos castellanos aquí citados de Berceo y del cancionero, salta a la vista que es la hembra, en aparente inversión de papeles, la que pisa. Tal inversión, si la miramos desde una perspectiva psicoanalítica, no supone un gran problema tratándose de un producto de la ficción. En la mitología, por ejemplo, es a veces la hembra la que monta al macho. Incluso en la vida real, los que hemos crecido en ambientes rurales hemos tenido la oportunidad de contemplar, cautiva nuestra atención, lo que dice haber observado el latino-gaditano Columela: gallinas que cantan y pisan como los machos²⁸.

²⁵ *Op. cit.*, I, 365. La acepción de triturar era compartida por el L. *calcare* (en Apicio, *De re coquinaria* 2,3), cuya traducción más común en español es pisar (de donde *calcar* = calcañar; véase más abajo en el texto y las notas 27 y 28).

²⁶ ARTEMIDORUS, *Interpretation of dreams. Oneirocritica* (2,42), translated by Robert White (Park Ridge, New Jersey, 1975), p. 124. La imagen erótica del mortero y la mano de mortero es de carácter multicultural, según señalaba acertadamente G. DEVEREUX, *op. cit.*, pp. 89 y 240, nota 66. Concretamente para su acepción en español, cf. «mano de almirez» y «mortero» en CELA, *op. cit.*, III, pp. 823 y 874. Pisar, en el sentido de triturar (pisar la uva), se asocia a la idea de moler, metáfora intercultural por «hacer el amor» (cf. CUMMINS, *op. cit.*, pp. 87-89).

²⁷ No sólo en el caso de las aves —particularmente las palomas—, como pretenden implicar algunos diccionarios. Nótese, por ejemplo, que en germanía «pisa» es una casa de prostitución. Por otro lado, es enorme y variadísima la familia de términos castellanos relacionados con los genitales, formaciones de la raíz *pis* (cf. CELA, *op. cit.*, IV, pp. 940, 944, 952). Devoto, en el trabajo mencionado, alude vagamente a los varios significados que podrían dársele al verbo *pisar* (p. 34). En inglés el verbo *to tread* se emplea asimismo en sentido sexual con relación a las aves.

²⁸ Columela: *quae [gallinae] velut mares cantare atque etiam calcare coeperunt* [8, 5, 25].

Hay otras posibilidades de interpretación filológica. Pisar puede juzgarse como el resultado de un proceso de selección verbal y compromiso ingenioso provocado por la represión sexual. El monje riojano con el empleo de «pisar» logró evitar el sinónimo hollar (L. *fullare* = pisar y follar), con el que entre las gentes descaradas se denominaba el acto del coito: «esta mañana me la hollé», oiríamos decir a Sangüeso en *La lozana andaluza* ²⁹.

YERVA

¿Y la «yerva fuert enconada»? En nuestra lírica tradicional el vello púbico es representado, con cierta predilección, por la yerba o por la flor. Por ejemplo, la morena garrida del texto que sigue, prometía en el nivel realista entablar amistad cuando llegara la primavera; en el nivel erótico sugieren los símbolos que su entrega al amor se realizaría cuando alcanzara la madurez de la pubertad: cuando su monte de Venus —*la peña*— se cubriera de prieto y frondoso vello —*florida de flor morena*.

—Digas, morena garrida,
¿cuándo serás mi amiga?
—Cuando esté florida la peña
d'una flor morena.

ALFN, núm. 621 ³⁰.

²⁹ Es de suponer, mientras no se demuestre lo contrario, que ya en los tiempos de Berceo se empleara *hollar* (casi homófono de *holgar* y *folgar*, L. *fullicare*) de manera tan vulgar como en la obra de Francisco Delicado y otros escritos eróticos, como el verso «y en medio de la folla el rigor pierde», en ALZIEU, *Floresta...*, núm. 104, 12. De haberse dado esa sustitución o asociación de verbos, sí habría de sonreír el público al notarlo, como se imaginaba María Rosa Lida.

³⁰ Muchos siglos más tarde y a mucha distancia de la garrida castellana, Pablo Neruda entre las reminiscencias de su juventud en lugar de «flor morena» hablaba de «musgo de montañas»: «Mi mano siguió buscando y toqué dos senos grandes y firmes, unas anchas y redondas nalgas, unas piernas que me entrelazaban, y hundí los dedos en un pubis como musgo de las montañas» (*Confieso que he vivido. Memorias* [Barcelona: Seix Barral, 1974], p. 42). Compárese con otros ejemplos del cancionero, como por ejemplo:

Alta estaba la peña, / nace la malva en ella.
Alta estaba la peña / riberas del río,
nace la malva en ella / y el trébol florido.
El trébol florido: / nace la malva en ella.

CUMMINS, núm. 340

ENCONADA

¿Nos guiñaba el ojo Berceo al decirnos «enconada»? La lengua de los poetas está llena de misteriosos aciertos. El significado primario de enconar, según los diccionarios, es inflamar. Se nos dice también que «enconar» procede del L. *inquinare*, que en latín es sinónimo de *polluere*. Al menstro se refiere un escritor latino como *inquinamentum mulierum*, y Paulo Festo define así *bubinare: est menstro mulierum sanguine inquinari*. San Gregorio Magno reprobaba lo que él llamaba *luxuriae inquinamenta (inquinamentum = pollutio)*. ¿Aludiría Berceo, queriéndolo o sin querer, a una yerba manchada de la sangre virginal de la abadesa? El texto es riquísimo en sugerencias: la abadesa quedó embargada por pisar una yerba que era *fuert* y que estaba *enconada*, es decir, hinchada y/o que hinchaba con su gran fuerza, la fuerza por antonomasia ³¹.

En latín no sería descabellado relacionar *inquinare* con su quasi homónimo *inguina* (de aquí, la ingle), tan ampliamente usado por los escritores latinos para referirse a las partes pudendas del hombre y de la mujer. En castellano, para muchos de mis lectores, que tal vez ya lo vayan adivinando, resultará legítimo asociar enconada con su cuasi homónimo encoñada. En fin, que los límites connotacionales de la expresión poética de Berceo terminan donde se agota el poder de la imaginación y la asociación.

Nuestro primer poeta de nombre conocido, como escritor y monje, fue nuestro primer y gran forjador de eufemismos. Difícil será encontrar en toda su obra una estrofa en la que se den cita tantos como en la que aquí se viene comentando. Entre ellos queda por destacar uno genuinamente castellano: embargar.

EMBARGAR

Cuando la abadesa se dio cuenta, dice Berceo, «fallóse enbargada». Embargar es una voz al parecer autóctona del castellano, procedente de un presunto *imbarricare*, forma verbal de *barrica* o barriga. Son muchos los vocablos entre las lenguas románicas formados a base de la raíz *bar-* o *bard-*, y muchas más las disquisiciones filológicas sobre sus deri-

³¹ Sobre fuerza en contexto erótico, cf. CELA, *op. cit.*, III, p. 659; también ALZIEU, *op. cit.*, p. 339. Los interesados en la documentación de ejemplos entre los escritores latinos de *femur* (más arriba), de *inquinare* e *inguina* (más abajo) pueden consultar el *Thesaurus Linguae Latinae* (Lipsiae, 1900), el tomo correspondiente.

vaciones. Tras haberlas estudiado con cierta detención, he llegado a conjeturar como más informativa la teoría de que toda esta gran familia procede de *barro*, voz prerromana común con el portugués, gascón y languedociano. Tiendo a creer que de *barro* se formó *barril*, tanto el objeto en sí como el vocablo, común a las varias lenguas romances. En Castilla, quizá por inspiración de la forma abultada del barril, se formó una voz autóctona, barriga, L. **barrica*. **Imbarricare*, pues, no era otra cosa que, como si dijéramos, 'embarrigar' o meter en la barriga ³².

Para Gonzalo de Berceo estaba clara la relación embargar-barriga. Su peculiar tendencia a la sinonimia glosadora, por la que los términos solían definirse dentro del mismo texto, le llevó a aclararnos acto seguido el significado exacto, es decir, etimológico, de «enbargada»: «fallóse enbargada. / Fol creciendo el vientre en contra las terniellas». Ese significado etimológico no se perdería del todo en nuestro castellano, pues en los diccionarios se siguen definiendo «embargo» y «embargado» como empacho y ahíto, respectivamente.

En tiempos de Berceo, era «preñada», adjetivo que él mismo emplea más abajo, el término propio para informar del estado de la mujer fecundada y portadora del feto. Hemos de aceptar, pues, que en su época y en su texto, el vocablo «enbargada», más que término disimulador o eufemístico, era un término de esos con que solía el pueblo hablar a su vecino, de carácter popularista, si no vulgar, y descriptivo, y de un fuerte realismo. Quizá por su obvia configuración realista de meter en la barriga, en materias donde el realismo había de ser disimulado, terminaría *embargar* por ser sustituido por el más tardío y hoy generalmente usado *embarazar*, sinónimo de aquél y procedente, al parecer, de distinta raíz etimológica.

El milagro de Nuestra Señora, según cuenta Berceo más adelante con otra serie de imágenes populares y realistas, consistiría en que la Virgen enflaqueció el vientre de la abadesa (la 'desembar(ri)gó', como si dijéramos), vaciando su saco de la mala harina:

³² Para más detalles y otras teorías sobre estas derivaciones, cf. Joan COROMINAS, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (Madrid: Gredos, 1970), II. De la raíz *bard* procedería nuestro *bardo* y *embadurnar*. La gama de nuestros vocablos derivados de *barro* es riquísima: barraca, barral, barranco, barreño, barricada y otros muchos, sin olvidar los gentilicios Barreros y Barroso. Del *barro* formaron las *barreras* y aquellas *harras* que aunque fueran hechas de hierro o madera, servían asimismo para embargar u obstaculizar el paso. Siendo tantos los términos castellanos enraizados en *barro*, y siendo tan claro que *barro* sea la materia prima del viejo *barril* (*barriclos* se documenta en el siglo IX), resulta extraño tener que excluir este término de esa gran familia, como parecen sugerir muchos de los etimologistas.

| | |
|---------------------------|----------------------------|
| Palpóse con sus manos | quando fo recordada, |
| por ventre, por costados, | e por cada ijada: |
| trobó so vientre llacio, | la cinta muy delgada, |
| como mugier qe es | de tal cosa librada. (537) |
| Quand se sintió delivre | la prennada mesquina, |
| fo el saco vacío | de la mala farina, |
| empezó con gran gozo | cantar 'Salve Regina', |
| que es de los cuitados | solaz e medicina (539). |

Volviendo al psicoanálisis, refería Freud que una de sus pacientes se lamentaba de que los sueños perdían mucho de su encanto en la interpretación del psicoanalista. Se corre el riesgo, evidentemente, de que algo así ocurra en la interpretación de los textos poéticos. En mi caso, si he invocado a veces teorías del psicoanálisis, ha sido con el fin de servirme de ellas para lograr mayor profundidad en «el estudio del sistema de los símbolos y de sus relaciones entre sí, así como del empleo de sistemas simbólicos en simbólico funcionamiento», de acuerdo con Marshall Edelson³³. Espero, además, haber cumplido con la función crítica de enriquecer la fantasía central del texto de Berceo, con mis propias asociaciones, con experiencias de vida y con otras lecturas, de acuerdo con las sugerencias y la normativa de Norman Holland³⁴.

Mi propósito, para concluir, ha querido coincidir con el formulado por el antropólogo, psicoanalista y crítico literario G. Devereux, en cuanto que he buscado en las teorías del psicoanálisis no la exposición de la locura o las neurosis de nuestros poetas o de nuestro pueblo sino la explicación de cómo mediante misteriosos procesos inconscientes, en la fantasía del poeta, lo malo se convierte en bueno³⁵, y en el caso de la milagrosa imaginación de Berceo, cómo lo nefando se trocó en curioso, y lo cacofónico fue desplazado para dar paso a graciosos eufemismos.

MIGUEL GARCI-GÓMEZ

Dept. of Romance Studies
Duke University
Durham, USA

³³ Marshall EDELSON, *Language and Interpretation in Psychoanalysis* (New Haven: Yale U. Press, 1975), p. 19.

³⁴ Norman HOLLAND, *The Dynamics of Literary Response* (New York: Fordam U. Press, 1968), especialmente pp. 310-311.

³⁵ George DEVEREUX, *Dreams in Greek Tragedy* (Berkeley and Los Angeles: U. of California Press, 1976), p. xix.

En la comunicación humana de buen gusto la represión sexual ha provocado un sinnúmero de mecanismos de desplazamiento mediante los cuales se evitaba el nombramiento directo de los órganos de la reproducción, que eran sustituidos por otras partes del cuerpo. El pie (pierna o muslo) tiene obvias connotaciones sexuales en muchos textos bíblicos, así como en la narrativa religiosa y la lírica de tipo tradicional españolas. Estas extremidades, en sus connotaciones simbólicas, entraron a formar parte del lenguaje coloquial de refranes y otros dichos en diversas culturas: alemana, española, francesa e inglesa. Las aportaciones del psicoanálisis y la etnología nos han ayudado a dilucidar la sicogénesis del pie-falo, y la crítica literaria y el análisis filológico del texto de Berceo sobre la abadesa empuñada por el pie demuestran con qué gracia y maestría el poeta riojano supo evitar el lenguaje escabroso para revestir su narración de metonimias y juegos etimológicos.

Sexual repression has provoked in human communication various mechanisms of displacement by which the genitals have been replaced with other parts of the body. The foot (legs, thighs), focus of attention in this study, has obvious sexual connotations in numerous biblical texts, in Spanish learned, religious narrative and traditional lyrics, and in colloquial proverbs and other sayings in English, French, German and Spanish cultures. The contributions of psychoanalysts and ethnologists are very helpful in dilucidating the psychogenesis of the symbolic foot; a literary and philological analysis of Berceo's miracle on the abbess impregnated through the foot shows how gracefully the first Castilian poet avoided the direct, cacophonous and anxiety arousing language and replaced it with traditional metonymies and witty and ambiguous etimologies.